

CONSIDERACIONES SOBRE  
GEOGRAFIA E HISTORIA DE LA  
ESPAÑA ANTIGUA

ANTONIO TOVAR

Agradezco mucho a mi amigo D. Antonio Pastor y a la Fundación por él creada esta oportunidad de dirigirme, en tan grato ambiente de libros de Humanidades, a un público madrileño. Quisiera que alguno de nuestros jóvenes estudiosos hallara incitación en mis referencias al campo de las antigüedades de nuestra Península y así traspasara lo que ahora, ya sin las ilusiones de superación que alientan en el joven, me parecen las limitaciones de nuestros conocimientos.

Los estudiosos españoles, que apenas tenemos en nuestra lengua una palabra para designarnos, ya que en el uso sería pretenciosa una expresión como «sabio», que para la gente significa algo más, peligrosamente más, que «Gelehrte» o «scholar» o «savant», no podemos naturalmente hacer abstracción de la sociedad en que nacemos y vivimos. Si nuestra sociedad hiciera examen de conciencia, reconocería que no estima suficientemente al estudioso. La carrera actual de sueldos, figuraciones y honores ha dejado muy atrás el ideal de sabio modesto y retirado que hemos conocido en la España de nuestros padres. Pero entremos en nuestro tema.

Recuerdo que como estudiante de Filosofía y Letras, primero en la universidad de Valladolid, después en la de Madrid, interesado, más que en las disciplinas filosóficas, en las filológicas e históricas,

sentía la limitación que todavía hoy, en nuestras Facultades, centra, en la Literatura, en la Historia, en la Arqueología e Historia del arte, todo el interés en lo local.

Atraído yo entonces por las lenguas clásicas, por los poetas griegos y latinos, participé como estudiante entusiasta en la apertura, que entonces por primera vez se hizo seriamente en Madrid, hacia estas disciplinas. Fue en el Centro de Estudios Históricos, en el entonces silencioso y recoleto rincón de la planta segunda de Duque de Medinaceli, 4, donde me fue al fin dado asomarme a horizontes menos provinciales.

Allí y en mi subsiguiente pensión para ampliación de estudios pude alcanzar, tras las lecciones que sigo agradeciendo a mis excelentes maestros de Valladolid y Madrid, un enfoque más universal. Me iniciaba en la Lingüística indoeuropea, quería ser helenista, y entre mis primeros artículos publicados está uno en que intenté, por ejemplo, resumir lo que se sabía sobre el Erecteo de la Acrópolis.

Recuerdo con cuánto agradecimiento me sentí más tarde comprendido por uno de los escritores que más influyeron en mi generación, Eugenio d'Ors, el cual generosamente saludó así la publicación de un libro mío hace más de veinte años: *¡Gracias a Dios, un autor español que no toma por tema una cuestión entre vecinos, encerrada en el escenario nativo y revoloteando pesadamente en el repertorio de una actualidad! ¡El historiador de Guadalajara estudiaba el pasado de Guadalajara; el novelista ga-*

*llego detenía en el Miño los vuelos de su ficción! Durante muchos años en nuestras Universidades todos han conspirado por descorazonar y, en caso de contumacia, rechazar al estudiante que consultaba al profesor sobre una tesis que pensaba hacer tratando, por ejemplo, de Miguel Angel. «¡No, no!», le decían. «¿No es usted de Carmona? Pues, ¿por qué no prepara usted un trabajo de investigación relativo a los hijos naturales de los imagineros de Carmona?»<sup>1</sup>.*

Pero sin duda que el atraso en que se encontraban ciertas ramas de la investigación referentes a nuestra Península, combinado con circunstancias biográficas que me alejaron de la biblioteca especializada que poco antes de la guerra civil se había creado en el Centro de Estudios Históricos, me llevó por de pronto a dedicar buena parte de mi actividad a las antigüedades peninsulares.

## I

En el aislamiento que siguió a nuestra guerra, cuando en el mundo ardía la guerra mundial, yo en Salamanca tuve que utilizar para el estudio de las lenguas primitivas de la Península las orientaciones lingüísticas que acababa de adquirir. La grave crisis nacional de la guerra civil me había llevado además a la lengua vasca. En aquellos mis primeros años

---

<sup>1</sup> Arriba, 20-XI-1947.

en Salamanca don Manuel Gómez-Moreno, maestro de mi maestro Mergelina, se había atrevido a hablar otra vez de las lenguas de Hispania, y Julio Caro Baroja y yo nos animamos a seguirle en su llamada. Gómez-Moreno, que ya en 1922 había presentado una justificadísima lectura de las inscripciones ibéricas, se había encontrado con una incomprensión puede decirse que total. La crítica cerrada del insigne romanista Hugo Schuchardt había desacreditado la solución de un problema. En el trágico silencio de la guerra mundial, en nuestro aislado mundo interior, atrevióse de nuevo nuestro sabio maestro en la Epigrafía y la Historia del arte a romper el silencio en que sobre este tema se había encerrado desde 1925, y en su discurso de ingreso en la Real Academia Española, de 1942, no sólo defendió y justificó de nuevo sus lecturas, sino que presentó nuevos documentos de nuestras lenguas primitivas y trazó un cuadro de su distribución. En seguida Caro Baroja descubría elementos célticos en ciertas inscripciones en letras ibéricas y establecía una frontera lingüística, a base de ciertas desinencias en las monedas, que delimitaba la Celtiberia frente a la zona ibérica y precisamente confirmaba los datos que constituían la tradición antigua.

Sobre estas bases, y feliz poseedor en Salamanca de los *Monumenta linguae Ibericae* de Hübner que me había regalado un amigo, pude, en un artículo que apareció en 1946, describir algunos rasgos fundamentales de la lengua de los celtíberos. Inicióse así una investigación que venía a corregir el exceso

de «iberismo» en la etnología de Hispania antigua, fruto, por una parte, de la vieja concepción del vascoiberismo, y por otra, del pintoresquismo con que nuestros mejores amigos extranjeros gustan de ver a España. Una España vasca, una España ibérica, una España mediterránea les resulta más atractiva que una España bastante parecida, en la onomástica y los restos lingüísticos, a los otros países de Europa occidental. Para Schulten, por ejemplo, los numantinos eran unos iberos, casi unos salvajes africanos, capaces de resistir a los dominadores romanos con la furia irracional de los bereberes del Rif o de los judíos de Masada. En los mapas etnológicos de la Península que estaban en uso cuando yo era estudiante, los celtas aparecen relegados a unos pocos rincones, y se creía en el fundamental iberismo de pueblos como los cántabros o los lusitanos. Los rasgos culturales «mediterráneos» que aparecen entre los celtíberos, como cerámica con pinturas, escritura, etc., se interpretaban como una conquista ibérica superpuesta a pueblos celtas. Todavía en la *Historia de España* dirigida por Menéndez Pidal, en el tomo dedicado a la dominación romana o en la introducción prehistórica, domina esta idea por la que Hispania entera aparece muy diferente de la Europa occidental. Fue en el volumen 3 del tomo I de esta obra, aparecido en 1954, cuando la vieja idea, que se deduce de la lectura sin prejuicios de los historiadores y geógrafos antiguos, se impuso de nuevo en obras generales, y ello como consecuencia de nuestro trabajo, el de los lingüistas y epigrafistas.

El examen de las reliquias de nuestras lenguas primitivas permitía separar claramente la Hispania indoeuropea de la Hispania tartesia e ibérica y vasca, distinguiéndose así una zona meridional de problemáticos caracteres, insegura en cuanto a la lectura de sus inscripciones y con súbita romanización y pérdida casi total de su onomástica propia; una zona oriental, de Almería y Porcuna a Ensérune (hacia Béziers), de rico vocabulario ibérico indescifrado; y, en los Pirineos occidentales, una lengua viva aún, el vascuence. Toda la parte occidental de la Península, desde Bilbao a Sierra Morena y el Alemtejo, avanzando por Teruel sobre el Mediterráneo, fue profundamente indoeuropeizada.

Las zonas lingüísticas de Hispania, apuntadas ya por Gómez-Moreno en memorable artículo de 1925, fueron fijándose en una serie de trabajos que realizamos en la Universidad de Salamanca. Después de la colección de mis *Estudios*, aparecidos juntos en Buenos Aires en 1949, una serie de publicaciones de M. Palomar Lapesa, M.<sup>a</sup> Lourdes Albertos Firmat y José Rubio Alija llegaron a constituir un *corpus* onomástico de la Península que no está superado para ningún otro país de los que pertenecieron al Imperio romano. Varios estudiosos extranjeros, como M. Lejeune, U. Schmoll, J. Untermann, J. G. Février se han basado en estas investigaciones y han hecho generalmente aceptado el desciframiento de la escritura ibérica por Gómez-Moreno, mientras que el asiriólogo de Chicago I. J. Gelb, llevado por mí en 1954 al conocimiento de este desciframiento, le con-

cedía en su libro fundamental sobre la historia de la escritura, si ya no en el original, al menos en las traducciones posteriores, la importancia que tiene como etapa entre la escritura puramente silábica y la de caracteres alfabéticos.

La idea que sin prejuicios se deduce de los historiadores antiguos ha quedado confirmada por el estudio de las lenguas peninsulares en sus restos y en su onomástica. Hispania prerromana queda dividida en una vertiente oriental o ibérica y en una vertiente occidental o indoeuropea. El territorio vasco se continuaba por los Pirineos hasta Cataluña, mientras que al oeste de Bilbao empezaba ya en seguida el territorio indoeuropeizado.

Con una frontera lingüística que nos es difícil precisar, lindaba el vasco con la lengua ibérica, que tenía su prolongación en Francia, por Narbona hasta Béziers. La lengua ibérica se extendía por toda la costa mediterránea hasta las provincias de la alta Andalucía. Sus límites en el interior son a veces difíciles de trazar a falta de documentos suficientes. Se puede decir que son ibéricas las inscripciones de la provincia de Jaén y hacia Fuenteovejuna, pero es probable que las cortísimas inscripciones que Gómez-Moreno leyó en dos estatuas del Cerro de los Santos, cerca de Yecla, estén en lengua indoeuropea. Las inscripciones de Peñalba de Villastar son celtibéricas, pero hacia Zaragoza debía de estar la frontera lingüística, y luego, un poco al norte del Ebro, podría estar el confín del vasco con los berones, de lengua céltica.



Es probable que el nombre *Iberus*, que Avieno da, sea el del río Tinto, y la *Ilipula* que se identifica con la actual Niebla, con ese famoso elemento ibero-vasco *ili- iri- uri-* «ciudad», sean resto de las raíces ibéricas del país tartesio, pero la lengua de esta región de Huelva, con el sur de Portugal y el bajo Guadalquivir, parece distinta, y ciertas formas características de sus inscripciones se hallan también, como Gómez-Moreno hizo ver, en los misteriosos territorios de la divisoria entre la Mancha y las tierras del Júcar, en los vasos de plata de Abengibre y en el plomo de Mogente, conjunto que parece diferenciarse de las inscripciones ibéricas de los reinos de Murcia y Valencia.

Al otro lado, o sea, al oeste de esa línea ondulante que va de la desembocadura del Guadiana a las sierras de Cuenca y Teruel, y al norte del Ebro hasta el Cadagua y el Nervión, tenemos también un mundo complejo, en el que los invasores celtas y seguramente otros pueblos indoeuropeos de más difícil identificación impusieron distintas lenguas.

Dos pueblos históricos perfectamente individualizados, los celtíberos al este y los lusitanos al oeste, son no sólo los dos principales focos de resistencia a Roma, únicamente sometidos después de guerras que duraron decenios, sino también los polos lingüísticos de la Hispania indoeuropea.

El celtíbero se ha definido como un dialecto celta de tipo arcaico que conserva formas tan puramente indoeuropeas como *uiros*, el \**wiros* que se reconstruye sobre el lat. *uir*, irl. *fer*, etc., y la in-

modificada conservación de la labiovelar como *qu* en letras latinas y como signo silábico *cu* en la escritura ibérica, inicial de la enclítica *que*.

Posteriormente, en mi estudio sobre una inscripción de Portugal, el lusitano aparece como lengua más arcaica en algunos rasgos que el celta: así, en la conservación de *p*, en lo que coincide con una serie de formas indoeuropeas hispánicas que ya habían preocupado a los investigadores a propósito de *páramo* y *Palencia*, *Palancia*.

Entre estos dos polos, el «precéltico», que se halla en el lusitano y que puede ser un resto evolucionado de las primitivas invasiones indoeuropeas en el Occidente, y el celtibérico, que es un dialecto celta que no participó en las innovaciones de los dialectos centrales de Galia y Britania, oscilan sin duda los demás pueblos de la Hispania indoeuropea, pueblos todos arcaicos, con una arqueología que hace ya mucho tiempo se llama *posthallstättica*, es decir, ajena a las innovaciones de la época reciente, gala o de La Tène, como es designada.

Es difícil distinguir las lenguas en las distintas regiones de la Hispania occidental. Más difícil aún porque la onomástica indígena aparece en época romana bastante mezclada, en proceso de unificación. Nombres característicos evidentemente celtas, como *Ambatus*, aparecen en todo el territorio, incluso en el que en los restos epigráficos es lusitano, o sea precelta. En esa bipolaridad celtíberos-lusitanos, y teniendo en cuenta que cántabros y astures son un tercer centro de fuerte personalidad en la lucha con-

tra los dominadores romanos, podríamos atrevernos a considerar más cerca de los lusitanos a los *Callaeci Bracarenses*, y quizá a los vetones, carpetanos, pelendones, como a los astures y cántabros. En cambio, vacceos, turmódigos, berones, *Celtici* de Portugal meridional y Beturia, serían más afines a los celtíberos.

## II

El cuadro etnológico de la Península que resulta del estudio de los restos lingüísticos, en inscripciones y nombres propios, viene a coincidir casi del todo con el que se reconstruía tradicionalmente sobre los historiadores y geógrafos antiguos. Únicamente el nombre «celtíberos» no designa una mezcla de pueblos, sino un pueblo que hablaba celta y que había tomado de sus vecinos iberos la escritura y otros rasgos culturales.

Sobre la base de este cuadro etnológico, la conquista romana resulta más clara y explicable. A los romanos les fue fácil en general, superados los problemas del primer choque, la sumisión de la Hispania no indoeuropea.

La zona del este y Andalucía pertenecían por su cultura y su economía al mundo mediterráneo. Las colonizaciones habían desarrollado la vid y el olivo, muchas zonas estaban dedicadas al cultivo de cereales, y la minería y la pesca, que daban productos de exportación utilizados por los colonizadores grie-

gos y púnicos, contribuían a una próspera vida económica en la que florecían ciudades gobernadas por aristocracias y a veces arcaicas en su conservación de la monarquía. La conquista romana vino desde el principio a salvar a las ciudades, y a las clases que dominaban en ellas, de los peligros amenazadores, y en primer lugar de la presión que los pueblos de Hispania occidental, bárbaros y hambrientos de tierras de cultivo y del botín de la vida civilizada, ejercían sobre la Hispania urbanizada.

En esta Hispania urbanizada y con los viejos rasgos de la civilización mediterránea, una guerra por la independencia era tan imposible como en Sicilia o en Asia menor. Donde hallamos resistencia contra cartagineses o romanos, en Sagunto o entre los ilérgetes, seguramente hay que pensar en elementos indoeuropeos.

Los celtíberos, los lusitanos, más tarde los cántabros, chocan con los romanos precisamente porque eran pueblos indoeuropeos atrasados que padecían la tentación de saquear al vecino pacífico y enriquecido por el progreso urbano. Los historiadores nos hablan, por ejemplo, de las repetidas correrías de los lusitanos por Andalucía, y un epigrama de Séneca que hemos de considerar auténtico<sup>2</sup> nos presenta al bandolero lusitano aprovechando los desórdenes de la guerra civil para clavar su lanza en las puertas de Córdoba.

En el caso de los lusitanos podemos seguir muy

---

<sup>2</sup> *Anth. Lat.* 409.

bien la política romana. Los montañeses de la región central de Portugal, guerreros como los vemos en las estatuas gigantescas y macizas de ciertos museos de aquel país, necesitaban tierras nuevas y lanzaban a su juventud, quizá como en la vieja institución indoeuropea del *uer sacrum*, sobre las llanuras y ciudades andaluzas. Ya en 189 el pretor L. Emilio Paulo vence en la provincia Ulterior a los lusitanos. Durante casi medio siglo se repite el mismo proceso de invasiones de la tierra llana de ciudades. Por algo nos consta<sup>3</sup> que las ciudades andaluzas estaban generalmente construidas en alturas, y todavía en tiempo de la guerra civil de César tenían el problema del agua. Las fincas que estaban lejos de las ciudades se defendían a su vez con torres y murallas y con atalayas para prevenir esas invasiones. Sólo bajo la paz del alto Imperio estuvieron las ciudades en condiciones de abandonar las alturas y bajar al llano. Así nos consta por las inscripciones en algún caso, como el de Sabora, que, por un rescripto de Vespasiano<sup>4</sup>, fue autorizada u obligada, no sabemos, a cambiar de lugar y a ocupar un nuevo solar en la llanura de Cañete la Real.

La presencia de los cartagineses y luego de los romanos condiciona de tal modo la vida de la Hispania urbana, que cuando, ante las dificultades de la campaña de Celtiberia, envió Marcelo embajadores de los indígenas a Roma, los celtíberos considera-

---

<sup>3</sup> *Bell. Hisp.* 8.

<sup>4</sup> *CIL* II 1423.

ban indispensable la presencia de los ejércitos romanos como factor de paz<sup>5</sup>. La autoridad romana parecía imprescindible y ya era imposible que los hispanos por sí mismos mantuvieran una situación de equilibrio entre indoeuropeos e iberos, invasores más o menos recientes y pobladores antiguos, bárbaros y urbanos.

También la romanización se desarrolla en función de la etnografía. Es clarísimo que las poblaciones del sur, que habían estado en relación con antiguas colonizaciones y últimamente habían recibido una fuerte influencia cartaginesa, desde Cádiz y las ciudades de la costa como Málaga y Sexi, y luego Cartagena, fueron las primeras en romanizarse. Un texto famoso de Estrabón<sup>6</sup> nos presenta a los turdetanos del Guadalquivir ya completamente romanizados y olvidados de su lengua propia, de manera que *poco les falta para ser todos romanos*, entre las florecientes colonias de los dominadores. La epigrafía no hace sino confirmar este cuadro, y bajo los nombres romanos más frecuentes, como Cornelio, Emilio, Marcio, Claudio, Sempronio, Fabio, es seguro que tendremos tartesios y fenicios que se habían apresurado a adaptarse, al menos en las formas. Por lo demás, en instituciones y costumbres, seguían vigentes leyes bárbaras y bárbaros tormentos, como hubo de corregirlos César en Gades durante su pretura de la Ulterior.

---

<sup>5</sup> Polibio XXXV 2.

<sup>6</sup> Estr. III 2, 15, pág. 151.

Con la rapidez de la romanización en el sur contrasta la resistencia de los belicosos pueblos del noroeste, que conservan su onomástica indoeuropea y se guardan de asimilar sus dioses ligados a sus breñas con las divinidades del panteón romano. No conocemos las divinidades tartesias ni ibéricas por su nombre, mientras que de la Hispania indoeuropea, de Teruel a Galicia, tenemos muchísimos nombres.

El mundo ibérico, comenzando en la alta Andalucía, ocupa una posición intermedia entre la rapidísima desnaturalización lingüística de los habitantes de la Bética y la tenaz resistencia de los pueblos del noroeste. La nómina ibérica conservada en inscripciones romanas permite identificar más de un nombre leído en letras ibéricas, confirmando el desciframiento de ellas.

### III

Otro aspecto que podemos señalar en la historia antigua de Hispania es que fue, en general desgraciadamente para ella, un campo de experiencias para los romanos, un aprendizaje del Imperio.

En esa rápida romanización del sur es probable que tengamos que tomar en cuenta precisamente esta razón. Cuando una crisis bélica mundial trajo a los Escipiones a la Península para responder a la invasión de Italia por Aníbal, los romanos se hallaron por primera vez obligados a una guerra que

podemos llamar imperialista en un territorio muy lejano. Sus anteriores conquistas, también consecuencia del antiguo choque con Cartago en la primera guerra púnica, pueden considerarse, en Sicilia y luego en Cerdeña, como un precedente de la conquista de España, pero aquí no se trataba ya de unas islas vecinas de Italia, sino de un enorme territorio, un casi subcontinente, mucho más extenso que la Italia peninsular, con un clima y una población muy distintos y muy variados, con unas riquezas mineras que constituían ingresos de gran importancia para Cartago y se convirtieron desde el primer momento para los romanos en cebo principal de la conquista.

Tal vez puede ser aclarada un poco la situación de los romanos ante la nueva empresa de la colonización de Hispania por medio de la comparación con la problemática situación en que los descubridores españoles se encontraron cuando hubieron de pensar en la colonización y conquista de los nuevos territorios de las Antillas.

El aprendizaje colonial hubo de hacerse en uno y otro caso a costa de los pueblos que se convirtieron en sujeto pasivo del mismo. La asimilación, que a la larga constituyó el éxito de Roma y de España, fue una labor secular. Pero no pudo orientarse sino después de una serie de tanteos, de errores, de correcciones y mejoras que se realizaron a costa de los colonizados.

Sabido es que, por ejemplo, el problema del mestizaje se planteó a Roma en el año 171, cuando una



delegación de los hijos de soldados romanos y mujeres del país se presentó al senado pidiendo un *status* legal, no previsto en las leyes, que les permitiera salir de la condición de bastardos en los confines del mundo. Así nació la ciudad de Carteya, en la que se están haciendo ahora excavaciones.

El gobierno de las provincias, que evidentemente, mucho más tarde, bajo los buenos emperadores, se perfeccionó hasta consistir no ya sólo en una explotación racional de ellas desde el punto de vista del poder central, sino en un elemento de progreso, paz y buen gobierno, con desarrollo autónomo de las fuerzas locales, en los primeros tiempos distaba mucho de este ideal. En el mejor de los casos las provincias caían en la clientela de un político que las ponía al servicio y dentro de la órbita de sus intereses. La actuación de Escipión Emiliano excitando a la guerra y anulando las gestiones pacificadoras de Marcelo en Celtiberia es muy significativa. Para su política en Roma necesitaba él que los pobres celtíberos fueran sojuzgados. Que luego los gobernadores romanos pudieran saquear las provincias y actuar con deslealtad, era una consecuencia natural de las ambiciones insaciables de la ciudad que se sentía dueña del mundo.

Es probable que, en la rápida romanización del sur, la inexperiencia de los dominadores romanos sea un paralelo de la dura conducta de los primeros colonos en la Española o Santo Domingo durante los primeros lustros después del descubrimiento. La extinción de los indígenas, la asimilación impuesta, la

instalación de colonos en un país lejano, donde los recién venidos buscan un enriquecimiento inmediato que les compense de su peligroso destierro, las riquezas mineras, todo permite descubrir un cierto paralelismo.

Las fuentes aluden a una emigración precipitada, una verdadera carrera de romanos e itálicos hacia Hispania una vez adquiridas como botín las minas que disfrutaban los cartagineses en la región de Cartagena y en la cordillera Mariánica. Sierra Morena, el antiguo *Mons Marianus*, conserva todavía el nombre de aquel rico Sexto Mario a quien mandó ejecutar Tiberio para desposeerle de sus riquezas, quizá, si pensamos en el arraigo de su nombre familiar en Hispania, disfrutadas por varias generaciones de la misma familia. Un par de estaciones en los itinerarios romanos nos hablan también del arraigo de este nombre.

Las grandes ciudades de Andalucía, como Sevilla y Córdoba, nacen probablemente ya antes de la conquista romana como centros comerciales que dan salida por el río a las riquezas minerales de la cordillera, lo que en un poeta griego arcaico, Estesícoro, se llamaban las raíces de plata del Tarteso. De Riotinto a Linares y Cartagena se encontraron los romanos con un imperio minero que los cartagineses ya explotaban plenamente.

La economía de Roma experimentó un cambio tan grande y tan peligroso como la de España en tiempo de Carlos V y Felipe II, cuando llegaron los tesoros de Méjico y Perú. Los historiadores antiguos,

y más precisamente Tito Livio, basado en fuentes oficiales, nos conservan referencias impresionantes de miles de libras de plata, de centenares de millares de monedas hispanas acuñadas en el que se llamó, no sabemos bien por qué, *argentum Oscense*, de centenares también de libras de oro.

Los gobernantes pérfidos y ladrones, desde el pretor Galba al cesariano Casio, los políticos que resultaban generales incapaces, como aquel Cayo Vetilio que fue muerto por un lusitano porque estaba demasiado grueso para valer algo como esclavo y no merecía la pena guardarlo prisionero, hacían sentir duramente a los pobres provinciales la insuficiencia del aparato político y administrativo de la gran Roma, aún inexperta en el gobierno de tierras nuevas.

La pérdida de identidad de los habitantes de la Bética pudo ser muy bien fruto no tanto de voluntaria asimilación como de una torpe violencia que desconocía las diferencias de civilización entre un romano y un fenicio, un hispano de las ciudades desarrolladas de Bética y un montañés de las tierras del interior.

Si recordamos los primeros pasos de la administración romana nos encontramos con que los arreglos provisionales del gran Escipión, que sin duda aceptó en muchos puntos la herencia del imperio cartaginés, duraron hasta que los levantamientos de los indígenas reclamaron la división en dos provincias. Casi un siglo tardaría en llegar, ya después de la reducción de Viriato y Numancia, una comisión se-

natorial que planteara de modo legal y racional la administración de Hispania. Y tenemos que llegar al Imperio para que se creara una burocracia eficiente y controlada. La obra colonizadora de Roma, que es un hecho tan trascendental en la Historia universal, necesitó un largo aprendizaje, y evidentemente la urbe comenzó sin experiencia. Aún en Oriente, donde la política y la administración estaban tan adelantadas, las ciudades griegas, las fundaciones helenísticas, los reinos grandes y pequeños sirvieron de modelo y precedente, pero en Hispania hubo que extender mucho el precario modelo cartaginés de colonia militar y de explotación principalmente minera. Las terribles luchas de los indígenas contra el poder de Roma acusan no sólo el ánimo indómito de aquéllos, sino las torpezas e inexperiencias de un gobierno impreparado para una dominación de tipo nuevo, que había que inventar y desarrollar y que tardó siglos en cuajar.

#### IV

Otra de las consecuencias de la temprana conquista y colonización de Hispania es la de que entonces no se había verificado aún en la metrópoli la fusión de los itálicos con los romanos.

Es natural que este tema haya atraído antes la atención de los filólogos y lingüistas que la de los historiadores, pues la diferencia era en primer lugar de lengua, ya que los itálicos, que en el ejército

romano de la época de la conquista formaban unidades separadas de las legiones puramente romanas, estaban muy imperfectamente asimilados y hablaban dialectos como el sabino, osco, umbro y otros semejantes, por no hablar de los ítalos que llegaban a la Península con su lengua etrusca o mesapia, etcétera.

De la presencia de todos estos itálicos en España son testimonio los nombres como *Tuscus* o *Apulus* o *Lucanus*, tan copiosos en el tomo hispano del *Corpus* y quizá más abundantes que en las otras provincias romanas del Occidente.

Este hecho es muy importante por sus consecuencias lingüísticas. Menéndez Pidal le ha dedicado su magistral atención, y aunque de su empeño reducamos algunos puntos que pueden ser fenómenos espontáneos que se repiten en diferentes lugares por causas diferentes (así, por ejemplo, los pasos de *nc* a *ng*, o de *nt* a *nd* o *nn*), todavía quedan palabras y aun formas itálicas que matizan de particularidades el latín peninsular.

Es evidente que las lenguas románicas peninsulares llevan la impronta del latín preclásico y tienen huellas de los dialectos itálicos que, más o menos puros o mezclados con el latín, eran hablados por elementos colonizadores que todavía en el siglo II antes de nuestra era conservaban su personalidad distinta.

Si había una fundación llamada *Italica*, cerca de ella estaba, marcando un contraste, Osuna, llamada *Colonia Genetiua Vrbanorum*. Pero no quiero insis-

tir en un aspecto en el que no tengo mucho que añadir a lo tratado por mí en otra ocasión.

V

Hay un tema que no quiero dejar de tocar, y es el de nuestra relación con la Hispania antigua. ¿Hasta qué punto podemos sentirnos cerca de ella, identificados con aquellos digamos antepasados que ocuparon, varios milenios antes que nosotros, esta tierra que sentimos como nuestra?

Existe una visión épica de la historia por la cual las gestas de Sagunto, Viriato, Numancia son sentidas como propias. No ya el ejército y la marina que han llamado con estos nombres a barcos, regimientos y cuarteles, sino grandes poetas del pasado, como Cervantes, cometen el anacronismo de hacer a España misma, personificada, hablar del heroísmo de Numancia. Y también es un tópico no sólo considerar glorias hispanas a los grandes escritores o emperadores romanos nacidos en nuestro suelo, sino sentir de modo un tanto no comprobado cómo un hilo de oro senequista va haciendo reconocible una continuidad en el pensamiento español.

Contra esta idea ingenua y ahistórica se ha levantado con toda energía don Américo Castro. Para él España, como los otros pueblos de Europa, y aun más que los otros, ha nacido en la Edad Media. Ni los franceses son los antiguos galos, ni los italianos actuales los romanos, etc. Además en nuestra Pe-

nínsula la invasión árabe ha venido a acentuar el catastrófico corte. En Francia, es cierto que las invasiones francas vienen a repetirse e intensificarse entre Clodoveo y Carlomagno, hasta el punto de que Galia ya no se siente Galia, sino Francia, a pesar del triunfo definitivo del latín; pero en España la destrucción del reino visigodo, que al fin y al cabo era una capa germánica mucho más leve, trajo unas consecuencias anuladoras de la personalidad. La España cristiana que resurge y avanza trabajosamente pierde su identidad y es algo nuevo. Todas las conexiones con el pasado se han roto, y Numancia, Trajano, Séneca, el mismo Isidoro, o se han olvidado o pertenecen a Hispania no más que a cualquier otro país de la cristiandad occidental.

En parte tiene razón Castro. La lucha de los numantinos no es para nosotros sino, a lo sumo, un ejemplo heroico. En definitiva hablamos la lengua no de ellos, sino de sus implacables vencedores. Los emperadores españoles apenas si tienen que ver con Hispania más que con las otras provincias. En el caso de Adriano, diríamos que menos, pues el helenizado príncipe apenas si querría acordarse en su refinada madurez de cuando, siendo joven, hizo reír al senado romano con su acento latino-español.

Y en cuanto al famoso hilo de oro senequista, se basa en una falta de perspectiva en el juicio sobre Séneca. El cordobés es un escritor popular de Filosofía que divulga doctrinas conocidas y las expone en un estilo muy personal, tan personal, que fue ya en vida discutidísimo. Como las fuentes se han perdido,

es un problema insoluble separar en Séneca lo que es estoicismo mostrenco de lo que es propiamente senecismo. Cuando el lector cree encontrarse con algún eje diamantino más o menos ganivetiano en una página de Séneca, se expone a sentir como hispánico cualquier pensamiento que viene rodando desde el estoicismo primero, de Zenón y Crisipo, al estoicismo medio, de Panecio y Posidonio, y al estoicismo tardío, en el que habríamos de encontrar la diferencia entre el español Séneca y el helenizado Epicteto.

Tiene razón Castro al establecer un corte entre el pasado indígena, romano y visigodo, y la *Spania* medieval, que se hace entre la lucha y la convivencia con musulmanes y judíos. Y, sin embargo, que el corte no fue absoluto y total puede probarlo la Lingüística, porque de todos los aspectos de la cultura humana es la lengua la que se presta mejor a ser estudiada con precisión, por ser, con toda su complejidad, más sistemática y más cuantificable que las restantes instituciones de la cultura humana. No es exagerado decir, y Lévi-Strauss lo probaría, que las otras ciencias humanas envidian hoy a la Lingüística.

Pues bien, de una manera un tanto ruda todavía, los lingüistas, con el método llamado glotocronológico o léxicoestadístico, inventado por M. Swadesh, han comenzado a medir los cambios históricos del lenguaje. Con una lista de palabras básicas y frecuentes, contando sus sustituciones, se puede decir que una lengua cambia la quinta parte de su vocabulario en un período de mil años, de modo que podríamos asegurar, sin duda que con exactitud sólo aproximada,



que la identidad de una lengua se pierde al cabo de cinco o diez milenios.

Esta limitación de la continuidad puede servir de criterio para corregir la apresurada identificación de España con su pasado antiguo y prehistórico y para aceptar con alguna restricción la tesis de Américo Castro, que, como formado en la disciplina de la Filología románica, tiende a identificar las naciones de Europa actual con sus lenguas.

La persistencia de elementos indígenas en los romances peninsulares; la pervivencia del vasco, una lengua indígena, al lado de ellos; la presencia de elementos itálicos en el latín que hablamos los peninsulares, son vínculos que demuestran que la continuidad a veces se ha salvado de un corte tan violento, tan truculento como la invasión de los árabes.

Y por eso nuestra historia antigua sigue tocándonos, aunque no sea, naturalmente, tan de cerca como la medieval y la moderna.

## VI

En el capítulo de la historia económica queda mucho por hacer, y seguramente nuestra Península, en sus materiales arqueológicos y epigráficos, encierra numerosos testimonios que aguardan utilización sistemática.

La idea de que el gobierno romano impuso en su época más eficiente, es decir, durante los siglos más prósperos del Imperio una gran regularidad y unifor-

midad en las provincias, idea que salta a la vista en las salas de nuestros museos arqueológicos, ha de ser corregida en cuanto a las peculiaridades de Hispania.

Por ejemplo, es relativamente grande el número de inscripciones hispanas que han debido ser recogidas en el vol. I del *CIL*. Esto quiere decir que ya antes de la era imperial, y en un ambiente mucho menos culto que el del Oriente helenístico, los romanos hallaron ocasión de grabar inscripciones en su primera provincia ultramarina, más allá de las islas adyacentes de Italia.

Esta prioridad, que acusan las inscripciones latinas preimperiales, se muestra también en los caracteres de la economía hispanorromana.

Posiblemente los caracteres de la explotación agrícola de la Bética se funden en el pasado colonial grecofenicio, y, más reciente e intensamente, cartaginés. La explotación del aceite, que es un rasgo tan interesante para los agricultores romanos, tenía en España desarrollos técnicos que pudieron ser estudiados por los nuevos dominadores. En la *Agricultura* de Catón<sup>7</sup> tenemos una referencia al tipo hispaniense de almazara, de *mola*, que, si esta parte del libro es auténtica del famoso censor, ya fue aceptada por él y llevada a Italia, puesto que de ella habla al agricultor romano a quien quiere explicar la técnica.

En otra ocasión ya he señalado que si por un lado Catón estudió lo que pudiera interesarle en la agri-

---

<sup>7</sup> X 4.

cultura de la Península, por otro las lenguas peninsulares guardan palabras de la agricultura catoniana, arcaísmos, como *lebrillo* o *trapiche*, que no se hallan, o apenas quedan, en las otras lenguas romances.

La minería romana se desarrolló en Hispania de modo comparable a como la técnica de los españoles se enriqueció en América ante los nuevos problemas y las nuevas riquezas de Potosí. Plinio nos transmite, como es bien sabido, una serie de palabras técnicas que los romanos tomaron de los indígenas hispanos, como *arrugia*, que parece ser nuestro *arroyo*, para significar «canal», y *balux* «pepita de oro». La contribución de Hispania, el legendario país de la plata y del oro, a la minería universal ha sido muy grande. Por ejemplo la palabra *galena*, que pervive como tecnicismo en todas las lenguas, se halla ya en lingotes de plomo romanos de Mazarrón. Y ya antes, desde nuestra Península destinada a sufrir esa riqueza y pobreza contrastantes e irremediables que son la maldición de los países donde hubo oro nativo, se difundieron palabras como *mina*, inseparable de *minium* y del nombre del río *Miño* y atestiguada ya en el latín *miniarius* «minero» y *miniaría* «minera, mina», precisamente en inscripciones que se refieren en Italia a la importación de cinabrio de Almadén. Una voz que no se conserva sino en vascuence, *zil(h)ar* «plata», es sin duda la misma que hallamos en el inglés *silver*, al. *Silber*, ruso *serebró*, como huella de la extensión de la minería desde nuestra Península con la cultura del llamado vaso campaniforme. Yo creo que es el nombre de nuestro río el *sil* que en Plinio

y en Vitruvio hallamos para designar el «ocre». Los antiguos confundían los óxidos de varios metales bajo este nombre, pero nos consta por varios testimonios que del noroeste de nuestra Península, de la *Callaecia*, procedía el ocre mejor, sin duda el de ciertos óxidos en cuya composición entraba el oro, ese oro que sabemos que los romanos sacaban en cantidades fabulosas (Plinio menciona 10.000 libras anuales) de las Médulas leonesas y que se beneficiaba precisamente a lo largo del Sil, también más abajo de las Médulas, en el Monte Forado, ya en Galicia. La admirable descripción que Gómez-Moreno hace de las gigantes cas excavaciones y perforaciones de las Médulas tiene, a mi juicio, su confirmación lingüística en ese nombre del *sil* «ocre», que nos da el nombre ya antiguo del río Sil, no citado por ningún geógrafo o confundido con el Miño, porque, como supone Gómez-Moreno, la codicia romana mantenía secretas las abundantes minas auríferas y la región circundante<sup>8</sup>.

La minería romana ha de ser estudiada sobre todo en sus restos, y a ello se han dedicado algunos arqueólogos de las jóvenes promociones. Ideas de cantidad sólo pueden surgir con un estudio comparado de las minas romanas en las diversas provincias del Imperio. Los restos de las regiones mineras de Riotinto, de Linares, de Mazarrón son a veces tan espectaculares como para impresionarnos en los museos.

---

<sup>8</sup> Cf. sobre este tema mi artículo *Lat. «minium», roman. «mina» und das westliche Substrat*, en el homenaje a J. Pokorny, *Beiträge zur Indogermanistik und Keltologie*, Innsbruck, 1967, 107-112.

Los lingotes de plomo, por ejemplo, se nos muestran con sus sellos, que nos permitirían estudiar la lucha, nunca apaciguada, entre la tendencia legal a hacer de las minas un monopolio estatal y las ambiciones de grupos capitalistas, que constituyen sociedades privadas para la explotación de los yacimientos.

La arqueología y la epigrafía habrán de aclarar, por ejemplo, los datos contradictorios de Plinio sobre las minas de Almadén. Hay inscripciones de Italia que nos presentan allá, en los puertos de desembarque y sin duda en las factorías donde el mineral en bruto se beneficiaba, facetas vitales de la explotación del cinabrio.

Los aspectos arqueológicos y tecnológicos sin duda se verán más claros con sistemáticas revisiones del material: bombas hidráulicas, picos, cestos, restos del empleo de caballerías, entibamientos... Piezas que en los museos no suelen ser bonitas, pero que, sistematizadas en un estudio, nos enseñarían mucho sobre la realidad económica de la España romana.

## VII

En los últimos años nuestros arqueólogos, comenzando con don Blas Taracena, se han interesado en las villas romanas, y no ya sólo como depósito de mosaicos u otros materiales más o menos dignos de un museo, sino como indicios del desarrollo económico y de la explotación agrícola del país.

Un estudio sistemático de las villas romanas, de su distribución y de su riqueza comparada, así como

la cronología de su difusión y desarrollo, permitiría también cuantificar un poco los datos que vemos repetidos en los libros. Lo mismo que en la lengua tenemos viejas palabras agrícolas que nos hablan de Cato o de Varrón todavía, podría sacarse de la agricultura de los romanos, de la de Columela, por ejemplo, explicación para una cierta continuidad en la explotación del latifundio andaluz o en el cultivo olivarero de la alta Andalucía.

Existen ya algunos trabajos, a base de inscripciones, sobre la explotación del aceite y su exportación a Roma, pero, aun después de los meritorios trabajos de García y Bellido y Blanco Freijeiro<sup>9</sup>, queda mucho por hacer. Las inscripciones del Testaccio romano me parece que no han sido aún utilizadas para ello. También podríamos saber más sobre la importancia de la vid y el vino en la Península. Me parece que puedo señalar aquí con jactancia que la primera mención del vino de Jerez se halla donde podría esperarse, en los libros de agricultura del gaditano Columela; pues sólo los prejuicios han hecho entender *Caere* de Etruria donde el autor habla<sup>10</sup> del *Ceretanum uinum*, es decir, de *Ceret*.

En materia de explotaciones pesqueras, de tanta importancia histórica en el sur, la arqueología nos permite señalar su presencia en lugares como Belo y Sexi, pero el estudio iniciado por Schulten y Gar-

---

<sup>9</sup> Puede verse la ojeada crítica a la bibliografía reciente que tenemos en prensa J. M.<sup>a</sup> Blázquez y yo en la *Festschrift Vogt*.

<sup>10</sup> III 9, 6.

cía y Bellido dista mucho de alcanzar la proporción que exigen las copiosas referencias literarias, iniciadas en los cómicos atenienses del siglo V y IV. La referencia que tenemos de una estatua del héroe ateniense Menesteo en Gades, y el *Portus Menesthei* que nos dan las fuentes antiguas, nos hacen dudar de que la exclusión de los griegos, impuesta por los cartagineses en toda la zona del sur y en el estrecho, fuera tan total como Schulten y otros han supuesto<sup>11</sup>. El *garum* de Gades era llevado a Atenas precisamente entre los tiempos de la batalla de Alalia y las del viaje de Píteas. Se podría decir que los fenicios hicieron gustosamente de intermediarios, con el beneficio consiguiente, pero el recuerdo en Gades de un héroe puramente ateniense como Menesteo delata bien claramente la presencia de navíos atenienses en la época en que también el nombre del navegante ateniense fue interpolado en el texto homérico. No es, pues, Menesteo un resto arcaico en Cádiz, sino un testimonio de la presencia de navíos atenienses en esos siglos precisamente.

Un interesante libro escrito en colaboración por Ponsich y Tarradell<sup>12</sup> nos ofrece la prueba del atraso con que vamos en nuestras investigaciones, con su desproporcionada presentación de los restos arqueológicos de la costa africana frente a la mucho más sucinta de la costa española. Es posible que en este

---

<sup>11</sup> Véase mi nota en págs. 816-817 de *Papeletas de geografía turdetana*, en *Homenaje al profesor Cayetano de Mergelina*, Murcia, 1961-1962, 813-819.

<sup>12</sup> PONSICH-TARRADELL: *Garum et industries antiquae de salaison dans la Méditerranée occidentale*, Paris, 1965.

caso tengamos sencillamente la prueba de que nuestros estudios (para los que no usaré el desacreditado término «investigación científica») no son atendidos debidamente, mientras que una idea ostentosa y representativa de nuestra ciencia sacrifica el dinero en mármoles, ladrillos, estadísticas, expertos en educación de la U.N.E.S.C.O., excavaciones de relumbrón en Nubia y escuelas de captación político-religiosa en Roma.

No hace mucho que se ha celebrado un simposio dedicado a la historia económica de la Península antigua<sup>13</sup>. En él vemos los resultados que las investigaciones principalmente prehistóricas ofrecen para un estudio de historia económica y percibimos, sobre todo en el importante capítulo debido a Alberto Balil, que empezamos a tener especialistas en Historia antigua.

José M.<sup>a</sup> Blázquez y G. de la Chica han iniciado por su parte, en sendos estudios de conjunto, un estudio de la economía de Hispania durante el bajo Imperio. A veces la historia económica se basa en datos epigráficos, en los que se halla el rastro de poderosas familias de latifundistas y comerciantes. Podemos señalar trabajos de Thouvenot, Balil, Contreras de Paz y Deininger<sup>14</sup>.

Vamos progresando en el conocimiento de todos estos aspectos, sociales, étnicos, económicos, de nues-

---

<sup>13</sup> *Estudios de economía antigua de la península Ibérica* publicados bajo la dirección de M. TARRADELL (Barcelona, 1968).

<sup>14</sup> Cf. o. c. en n. 9.



tra historia antigua. El mejor aprovechamiento de los materiales epigráficos nos permitiría llegar a una precisión mayor en una serie de cuestiones:

1.º La onomástica romana permite a menudo señalar el origen de los colonos romanos, con nuevos criterios para el capital problema, a que nos hemos referido, de romanismo e italismo. En un libro de conjunto como el de Badian sobre las clientelas extranjeras de los grandes políticos romanos encontramos consideraciones muy penetrantes sobre los nombres hispanos y sus características diferenciales respecto a los nombres romanos llevados en otros momentos históricos a Africa o a las Galias. La adopción de nombres romanos por los indígenas hispanos refleja en profundidad la historia de la conquista y colonización. Los más grandes especialistas actuales, como sir Ronald Syme, lo han visto así también.

2.º Proporción de colonos e indígenas, en la medida en que ello no está enmascarado por la adopción de los nombres de los conquistadores y colonos. En este sentido, un libro como el del investigador Geza Alföldy<sup>15</sup> sobre los nombres romanos e indígenas de Dalmacia puede servir de modelo.

3.º Documentos de interés económico que aguardan en las inscripciones a ser interpretados en su valor para la historia social:

a) en cuanto a las grandes familias, dueñas de tierras, de empresas comerciales o de minas;

---

<sup>15</sup> ALFÖLDY: *Bevölkerung und Gesellschaft der römischen Provinz Dalmatien*, Budapest, 1965.

## SOBRE LA ESPAÑA ANTIGUA

b) en cuanto a asociaciones, profesiones y oficios de interés para la historia económica;

c) esclavos y libertos y sus procedencias;

d) incorporación de veteranos del ejército a la vida civil;

e) objetos de comercio y minería.

4.º Aspectos económicos de la administración pública.

5.º Toponimia basada en nombres de fundos, así en los tipos en *-ena* que estudió Menéndez Pidal, como *Marchena* < *Marciana*, o los reunidos por Caro Baroja en las provincias vascas, como *Andoain* < *Antonianum*. Y muchísimos más que aguardan análisis todavía en el nomenclátor.

6.º El estudio de las vías romanas, que está tan atrasado entre nosotros, servirá también para conocer la penetración de los conquistadores y la dirección de sus intereses económicos y militares.

## VIII

Hace muchos años recibí de Adolf Schulten el encargo de continuar la geografía de la antigua Hispania que él comenzó. El laborioso filólogo dejó terminada la descripción física de la Península, ríos y montes y costas, así como elementos para la geografía económica: producciones, minas, etc. Quedó sin

hacer por él el estudio y localización de las ciudades y los pueblos y tribus.

Años he consumido en el empeño, y apenas si tengo terminada la provincia romana con la que he comenzado mi trabajo, la Bética. La Lusitania y la Tarraconense están en borradores más o menos completos.

En lo que mi trabajo va más allá que el empeño de Schulten es en utilizar los resultados de la investigación española. Schulten, que en eso se diferencia de Hübner, prescinde casi por sistema del trabajo de nuestros eruditos. Cierto que hay que enfrentarse a ellos con espíritu crítico y no dejarse llevar del pequeño patriotismo de campanario que muchas veces les anima. Pero la exploración del país, bien o mal hecha, la han realizado estos beneméritos trabajadores. A ellos se deben innumerables artículos y folletos, verdaderas rarezas bibliográficas, inencontrables muchas veces en este país nuestro, de pocas bibliotecas, de revistas tan volanderas que muchas veces no se organizan en tomos, sino en fascículos o números, como si no se cayera en la cuenta de que al cabo de unos años la revista o ha desaparecido sin dejar rastro o tiene que estar bien encuadernada en el confortable reposo de una biblioteca organizada.

La fragmentación, el localismo, lo volandero de las publicaciones, es lo que hace empresa desesperada el aprovechar lo mucho que nuestros precursores, en general sin medios o trabajando sobre hallazgos casuales, han realizado en el campo de la arqueología y de la geografía antigua de la Península. Llevo años

de coleccionar material y, para hacer de modo satisfactorio mi trabajo, tendría que gozar del don de ubicuidad y trasladarme a Astorga y a Ecija, a Lisboa y a Valencia, a Motril y a Badalona para buscar no sólo las ruinas o las reliquias de los museos, sino la inhallable revista local o el rarísimo folleto.

Por otro lado, cuando vemos los tratados clásicos de geografía de las otras regiones antiguas (Kiepert, Niese, Judeich, Desjardins), vemos que todos son producto del siglo pasado, cuando la erudición era sólida y segura y la riqueza de materiales no imponía una especialización como la que ahora es necesaria.

En España esta labor se inició a su debido tiempo, y Flórez y Masdeu representan la continuidad de Mariana y Morales. Si sus afanes hubieran sido continuados, hubiéramos tenido a su tiempo una geografía antigua de la Península. Nuestras desgracias políticas del siglo XIX, con la consiguiente ruina de todo el sistema educativo, nos privaron, en esto como en tantos otros aspectos, de un progreso regular y continuo.

Los problemas hubieron de pasar a manos de extranjeros, mejor preparados que nuestras generaciones del siglo pasado, y Hübner hizo lo que era más urgente. Cierto que en materia de escritura ibérica no supo aprovecharse de las orientaciones de Delgado y de Zóbel de Sangróniz, que eran muy superiores a la suya. Pero su labor en la epigrafía romana y en la geografía antigua fue decisiva, y tanto en el *Corpus* como en los artículos correspondientes a la Penín-

sula del Pauly-Wissowa su trabajo ha sido fundamental. Hasta su muerte continuó, en la *Ephemeris epigraphica*, preparando el segundo suplemento de las inscripciones romanas de Hispania.

Aún el P. Fidel Fita intentó mantener en la medida de sus fuerzas la continuidad de la obra de Hübnér en el *Boletín de la Real Academia de la Historia*. Pero desde la muerte del P. Fita hasta años recientes, cuando se empezó a publicar la *Hispania Antiqua Epigraphica* de García Bellido y Beltrán, ha faltado un órgano central que informase sobre los dispersos hallazgos de España y Portugal.

La publicación de colecciones regionales en Galicia, en Baleares, en Lisboa y en Idanha, en Asturias, y la existencia de boletines y revistas en Orense y en Astorga, en Burgos y en Linares, en Zaragoza, en Lérida, en Soria, en Tarragona, en Badajoz y en Coimbra, por no hablar de revistas nacionales en Madrid, Barcelona, Lisboa y Salamanca, hacen complicada la búsqueda y referencia, y todavía, si exceptuamos la onomástica indígena, tenemos como únicos índices los del suplemento del *Corpus*, de ochenta años de edad.

El suplemento para toda la Península, con nuevos índices, es indispensable, y hasta se desearía que todo el tomo II del *Corpus* se rehiciera íntegramente en forma más cómoda. Me atreví a ambicionar la empresa, y tal vez tuve suerte, tal vez no, cuando las circunstancias me llevaron a otros temas.

En cuanto al estudio de las ciudades romanas, en algunos casos favorecido por el acierto de las exca-

vaciones o por el azar de los hallazgos, tenemos que recordar la serie de monografías del Sr. García y Bellido o su tentador libro *La Península Ibérica en los comienzos de su historia* (Madrid, 1953). Desde Gades a Julióbriga, desde León a Cartagena, se le deben estudios que presentan ante nosotros lo que fueron los orígenes urbanos de muchas de nuestras poblaciones.

En conjunto, la acumulación de material y la posibilidad de ordenarlo permiten hoy investigaciones pormenorizadas como no se imaginaban hace un siglo. El empleo de material gráfico, como enseñó a utilizarlo Rostovtzeff por ejemplo, ha cambiado los capítulos de historia social, económica y cultural.

El estudio de la administración imperial se ha enriquecido con la epigrafía hasta permitir un conocimiento que antes hubiera parecido imposible. Gracias a las inscripciones se puede seguir la carrera de los funcionarios imperiales civiles y militares a través de las provincias y conocer como realidad administrativa lo que impersonalmente nos aparece en las fuentes legales, o lo que de modo azaroso se nos ha conservado, a través de obras que no se han perdido, en la tradición historiográfica. Libros modernos sobre magistrados, como el de Broughton, o las monografías del epigrafista H.-G. Pflaum, nos deslumbran por la precisión prosopográfica con que han podido ordenarse muchos datos, recogidos en los textos, en las piedras, en los papiros, etc., y que el trabajo sistemático de generaciones de estudiosos ha hecho posible.

Los resultados son tangibles en ciertas monogra-

fías modernas, entre las que podría recordar como envidiables las de Richmond y Burn sobre la Britania romana o la *Vida de Agrícola*.

Entre nosotros podemos citar con satisfacción los abundantes trabajos de Balil<sup>16</sup>, que son preciosos para preparar unos completos *fasti* de la Hispania romana, así como una prosopografía.

También hemos avanzado mucho en el conocimiento de la tardía antigüedad, sobre los efectos, rastreables para los arqueólogos, de las devastadoras invasiones germánicas de los últimos decenios del siglo III, o con el estudio de las familias senatoriales que ha hecho Stroheker, o el de Chastagnol sobre hispanos alrededor del emperador Teodosio<sup>17</sup>. Un investigador de Santiago, don Casimiro Torres, nos ha informado<sup>18</sup> de la resistencia organizada por algunas grandes familias hispanas contra los invasores bárbaros del siglo V.

En materia de vías romanas tenemos que desear que en la Península se apliquen métodos modernos como el de la prospección aérea, que se ha empleado en otros países con éxito.

El estudio de las vías romanas en la Península, iniciado, por ejemplo, para el noroeste por mi antigua discípula Dulce María Estefanía a base de nuestro

---

<sup>16</sup> Cf. n. 9.

<sup>17</sup> CHASTAGNOL: *Les Espagnols dans l'aristocratie gouvernementale à l'époque de Théodose*, en *Les empereurs romains d'Espagne*, París, 1965, 269-292.

<sup>18</sup> TORRES: *Paisajes escondidos de la historia de España. Heroicos defensores en el siglo V*, en *Hispania XVI* 1956, 323-334.

fichero epigráfico salmantino, debiera completarse con estos métodos modernos. La atribución de los miliarios desplazados a sus lugares de origen, su combinación con los datos literarios (es decir, los itinerarios y demás referencias en geógrafos e historiadores) y las conclusiones arqueológicas pueden poner al día los intentos de beneméritos trabajadores, como el ingeniero don Eduardo Saavedra, en el pasado siglo.

El problema textual de las distancias itinerarias y sus alteraciones en la tradición manuscrita puede corregirse para la Península, en un par de casos, con fuentes epigráficas de naturaleza excepcional, como son los vasos de Vicarello, con su recorrido de Cádiz a Italia siguiendo las vías principales con sus distancias, y el fragmentario, pero precioso, itinerario de barro que nos informa sobre nuestro noroeste y ha sido hace poco publicado por J. M. González.

\* \* \*

Quisiera terminar, en esta rendición de cuentas sobre los problemas en el campo de nuestra historia y nuestra geografía antigua, con el insignificante tema autobiográfico con que comencé. En ellos está la tentación de lo inmediato, la visión de las necesidades de nuestra cultura, también — ¿por qué no decirlo?— la comodidad de transitar por zonas menos trabajadas donde tal vez es el descubrimiento más fácil o el material está menos explotado, lo que es la ventaja de trabajar en nuestro mundo.



Pero así, ¿no sucumbimos al peligro que denunciaba certeramente Eugenio d'Ors? ¿No recaemos en el estudio del pasado de Guadalajara o en los rastros en los archivos de los hijos naturales de los imagineros de Carmona?

En esta tensión entre las ambiciones universalistas y las necesidades e imposiciones de nuestra situación, de los condicionamientos sociales de nuestra cultura, me temo, amigos míos, que se está gastando mi vida como la de tantos otros colegas que se afanan por contribuir a la cultura española. En quienes, por unas u otras razones, nos hemos quedado en el viejo modo individualista de trabajar sin escuela, sin continuadores, con pocos colaboradores, resulta tal vez más visible el pequeño drama que es, si me permitís la jactancia, un poco quijotesco también.